

Nessy Cohen y Claudia Mazzucchelli

Ser antena

Por SANTIAGO VILLANUEVA

Nuestro marco son las genealogías posibles y las inventadas, las filiaciones con variaciones de carácter y de forma. La mayoría de las veces parten de una casualidad, de un encuentro no planificado pero tienden a formar una banda transitoria que narra de alguna manera un momento o una época del arte. La obra de Nessy y Claudia pertenece a esa manera de entender las cosas. Sostienen la idea de transmisión, de tener y cuidar un maestro, porque esa es la forma de volver más lenta la historia del arte, de volverla un tiempo propio y no una exigencia más.

Esta exposición retoma la que realizaron en 1993 en el Casal de Cataluña en Buenos Aires, titulada *La visión suspendida*, de la que formaron parte Juan Batlle Planas, Roberto Aizenberg, Nicolás Guagnini, Nessy Cohen, Claudia Mazzucchelli, Roberto Pazos y Agustín Soibelman, con texto de Fabiana Barreda. En ese momento la obra de Cohen-Mazzucchelli no formaba parte de un proyecto conjunto, pero en sus cruces, mezclas, parecidos y diferencias, empezaba a aparecer un primer indicio que se concretaría más tarde, viviendo en Mallorca, colaborando en murales y finalmente afianzando una firma compartida desde el año 2014, cuando exhibieron en el taller de Magdalena Jitrik una serie de 15 obras de 33 x 41 cm dedicadas a Alejandro Urdapilleta.

El texto que sigue abajo toma la forma prestada de uno que escribió Aida Carballo en el fondo de su *Autorretrato con autobiografía*, del año 1973. Fue realizado a partir de notas, desgrabaciones, charlas, fragmentos de otros textos e intercambios durante los últimos meses con Nessy y Claudia. Es una biografía flotante que conjuga el cruce de dos maneras en una tercera posible.

Se conocen en el momento del taller de la calle Belaustegui, que tenía Nessy. Durante el primer y segundo curso en la Cárcova, ahí cursan los talleres libres. En el segundo año se anotan juntos con Roberto Aizenberg (Bobby). En ese taller de Belaustegui se produce un delirio temporal: obras con carácter, el paso del taller de la habitación, al taller propio y de gran tamaño.

La casa chorizo, el pasillo al fondo. Nessy trabaja en el Parque de la Ciudad los fines de semana, para poder estudiar, maneja los juegos del parque, en Interama. En el año 85, en los cursos nocturnos de extensión cultural en la Cárcova, separados por un patio, Claudia cruzó a visitar a una amiga, y estaba Nessy. Él la visitaba en el taller de Benedit, ella en el de Roux.

Clases nocturnas con Bobby, 1986, un descontrol. Bobby era un tótem, camisita de cuello mao, traje impecable y siempre muy tranquilo y sonriente. Un día agarran un bastidor, año 90, "hagamos una pintura juntos", delirio importante. En ese taller de Belaustegui Nessy pinta la tapa de Don Cornelio, entre tantas otras, y se va a vivir a la casa incendiada de sus padres en Moreno, vacía, con parque y pileta, un taller. En el 92 Nessy realiza su primera muestra individual en la Galería Vermeer. Participan en movidas, empieza la efervescencia. Las obras de las cabezas son de esa muestra, también algunas figuras.

Claudia venía haciendo desde el 91 unas pinturas sobre fotos viejas familiares, de los inmigrantes de su familia y luego empezó a retratar sin que nadie posara ni se enterara, se lo comentaba al modelo cuando estaba terminado. Había hecho un retrato de Palo Pandolfo y Nicolás Guagnini. Influenciada por la pintura surrealista, Max Ernst y los retratos de Rivera. Hay un retrato colectivo de Max Ernst de un montón de artistas, esa fue su inspiración. En el suyo están: su padre, Fernando Trocca, Iuso, Guagnini, Res, Bobby, Nessy, Roberto Pazos, Tortonese, Urdapilleta. Claudia tenía su taller en Martínez, Nessy en Moreno. Se visitan de un lado al otro. La primera obra que colaboran es muy chiquitita: hacían muchas pinturas en miniatura, de pequeño formato. Nessy agarra un cuadrito pequeño que estaba pintando Claudia, pinta encima, ella pinta, él pinta, y lo siguen. El óleo da esa posibilidad. Es la primera firmada en conjunto. Hay juego permanente, el humor, no la burla: un collage de juego de a dos, elementos que vienen de universos diferentes y se encuentran en un solo lugar, trabajo

con lo inmediato y lo simple. Pintar juntos es una colaboración conflictiva y placentera a la vez. Se habla en plural o se habla de un otro: una experiencia del límite, en el color, en la relación abstracta del límite, y en el límite de ellos mismos. Bobby da una conferencia en la apertura del curso de la Pueyrredón y tira una frase al comienzo: "Todo lo que se hizo antes de Las señoritas de Avignon es publicidad y propaganda". La gente se agarró la cabeza y empezaron a discutir. Cuando terminan el curso de primer año, le piden que los invite a su taller de la calle Brasil. Bobby hacía poco que había vuelto de Europa; en el fondo de la casa estaba su taller, un laboratorio, todo impecable. Como decía Bobby: somos antenas. Aizenberg influye en la factura, la calidad, las charlas. Lejos del mainstream; y en la otra vereda: la transvanguardia. Nada que ver con ellos: pincel finito, óleo, los flamencos. Bobby no estaba de moda, no le iba bien económicamente, no le daban lugares, y ellos lo acompañaban. Él no participaba de concursos, muestras ni retrospectivas. Aizenberg fue un refugio, esa mirada con respecto al estoicismo del artista, en su taller haciendo su obra; la idea de Bobby era que somos una antena que recibe información y la bajamos, hay que ver después, contemplar: la visión suspendida es eso... Él los ordenó. Fascinación. Les quitó la tontería, la soberbia, la preocupación de ser aceptado o no. Darse cuenta de que trabajaban automáticamente, que la dirección de la pintura y el análisis eran posteriores: había una ejecución y un método de ejecución. Eso se los heredó Bobby: lograr el mayor efecto con la menor cantidad de energía posible. Una parte formal heredada: el orden, la agilidad, el cuidado, el amor a la obra, darle tiempo. El óleo te obliga. Y la pasión por el dibujo: el dibujo como antena, o el dibujo superacabado. Bobby no quería que siguieran su línea; él estaba para una evolución. Ellos empezaron a influenciarlo. En 1990 muere Matilde Herrera, su pareja, y Bobby se deprime. Termina comprando el piso de arriba por temor a que se mudara alguien y oír las pisadas sobre su cabeza, allí empieza a dar clases. Nesy y Guagnini son sus asistentes. Las clases de Bobby eran clases de automatismo, con gente de todas las edades. Nesy le llevaba la obra a su taller y él corregía, marcando con el dedo: "esto está de más, a esto hay que cambiarlo, creo". Había análisis de obra, el día a día de la pintura. Cuando Nesy le hacía de asistente, con unas gillette le sacaba el exceso de pintura. La serie que pinta cuando muere Matilde es cuando explota la Embajada de Israel, de la que no quedó nada. Se

titulaba Homenaje. La lectura del maestro continuó, siguieron a partir de ahí, no se quedaron con el pasado, sino que continuaron lo que él no pudo terminar. Él les transmitió lo que en parte ya le había dado Batlle Planas. Somos antenas le decía Batlle, y él a Nesy y a Claudia.

Cuando arman La visión suspendida, empiezan a fantasear con Guagnini. En ese entonces había aparecido el Casal de Catalunya, organizan una muestra. Aizenberg les prestó obra, la Galería Vermeer y una coleccionista les prestó obra de Batlle Planas. Las buscaron en auto con Nicolás. Era una muestra al margen de lo que estaba pasando. Muestra antena, protagonista vaga de la época, sin pretensiones. Pintura lenta, herencia desmechada, proyección y continuidad de otros artistas, responsabilidad de legado y rancho aparte. Palo Pandolfo, habla para una muestra de Nesy de "las frecuencias, la negación de cualquier cosa, telón pagano, ritual, solitaria sonrisa", y además sostener una manera e inventar otras. Otras posibilidades para lo mismo. Metafísica y surrealismo. Un lugar común.



Cohen y Mazzucchelli
SER ANTENA
04.07 -03.10.2026
W-galeria
Defensa 1369 Buenos Aires
w-w-w.ar